

Manuel Belgrano murió a las siete de la mañana del 20 de junio de 1820, en la misma casa en la que nació, en la calle Santo Domingo.

En ese instante, Juana, su hermana, dejó de remover las brasas encendidas para que dieran más calor. Ya eran inútiles.

Después cubrió el único espejo del cuarto y corrió las cortinas. El sol, que estaba empezando a salir, se quedó afuera.

Hasta que, unos días después, Juana dejó pasar el sol, que golpeaba en la ventana. La luz hizo que la habitación ahora vacía pareciera más vacía todavía.

Pero quedaban algunas cosas del general. El sable de aquellas victorias y estas derrotas. Una vieja escarapela abandonada en un rincón. Uno de los libros que había traducido del francés cuando era joven. Las botas debajo de la cama.

Juana conocía esos objetos y había pensado en distribuirlos entre sus hermanos como quien reparte reliquias.

Le faltaba sólo el baúl que había acompañado a su hermano en sus largas campañas militares.

Era un cofre rectangular con una tapa abovedada de la que colgaba un candado abierto. Juana creía que lo había vaciado completamente. Pero no.

En el baúl se encontró con un tubo de cuero en el que no reparó antes. El cilindro estaba como gastado; cansado de tanto ir y venir.

Juana miró adentro del tubo como si fuera un telescopio. Adentro había algo. Metió dos dedos con cuidado, como si se asomara a un secreto de su hermano.

Eran unas hojas enrolladas de papel grueso. Estaban sujetas con un lazo de seda celeste cielo.

Lo desató. El rollo de hojas se abrió. Y, de entre ellas, cayó un mapa. Parecía la representación de una ruta.

El camino empezaba en una localidad marcada con un redondel. San Salvador de Jujuy. Al lado había una fecha: «23 de agosto de 1812». ¿No fue ése el día...? ¿En agosto...? Juana no pudo recordar exactamente.

Desenrolló los folios sobre una mesa. La letra era claramente la de Manuel: ligeramente inclinada hacia la derecha, con esa forma tan especial de escribir las eses que tenía.

Las anotaciones se iniciaban indicando el lugar y la fecha en la que habían sido escritas: «Camino a Yatasto, 25 de marzo de 1812».

Y las notas eran personales: «Escribo esto...» Como si no tuvieran más destinatario que él mismo.

Se puso a pensar. ¡Un diario!

Juana había encontrado el diario íntimo que Manuel Belgrano había llevado en los días del Éxodo Jujeño.





Camino a Yatasto,
25 de marzo de 1812

Escribo esto porque me siento solo. A menudo recorro los fogones nocturnos. Me quito las medallas, me cubro con un poncho anónimo y salgo al campamento. Quisiera compartir esa camaradería que se da entre los soldados cuando descansan.

Sin embargo, enseguida me reconocen.

Interrumpen su charla. Se incorporan trabajosamente. Les pido que continúen. Pero se sienten incómodos. No quieren un camarada, sino un jefe que los conduzca, que los cuide. Alguien a quien puedan reclamarle por la poca carne que flota en sus pucheros escasos, a quien protestar por los uniformes remendados una y otra vez.

Los he visto antes de la batalla. La infantería formada frente a la infantería enemiga en ocasiones durante horas. Sudan, sudan frío. Algunos tiemblan de coraje; o de miedo. Miran al frente. Esperan una voz, mi voz, que mande marchar. La orden parece calmarlos, ahora saben qué hacer.

En pleno combate, una arenga mía los enardece y avanzan, incontenibles. Otras veces me miran, o tengo la sensación de que me miran, casi derrotados, con los ojos implorantes. Comprendo entonces que tengo que decidir y que en ello les va la vida a esos soldados que sudan.

En situaciones de peligro consulto con mis oficiales. Quisiera desplegar mapas, observar con el catalejo. No hay tiempo. Tengo que tomar con urgencia una decisión que siempre es mía, únicamente mía. Es en esos momentos cuando me siento solo. Padezco la soledad de los generales.

Estas líneas me hacen sentir menos solo. Como si, al escribir para mí, pudiera hablar conmigo mismo. Expresar lo que no puedo decir a otros.

De todos modos, no sé si voy a seguir escribiendo. Tendré mucho que hacer. Mañana me haré cargo del Ejército Auxiliar del Norte, que marchó airoosamente a liberar el Perú y el Alto Perú y que ahora es un puñado de hombres desesperanzados. Mi misión es devolverles el ánimo a esos soldados abatidos.

¿Siempre me tocan a mí las tareas imposibles





Yatasto,
26 de marzo de 1812, doce del mediodía

Hace rato que no tengo una habitación. Durante el viaje dormí al sereno porque ni tiempo había para levantar una tienda como la gente. Fue un alivio llegar a la posta de Yatasto.

Desde la ventana veo el valle salpicado de soldados tendidos en el suelo. No más verlos, uno se da cuenta lo desmoralizados que están. Vienen de revés en revés.

Juan Martín de Pueyrredon me entregó el mando del Ejército Auxiliar y se largó lo más rápidamente que pudo. Cuando abrí las instrucciones secretas del Triunvirato, descubrí el por qué de tanta prisa.



Las órdenes secretas se pueden resumir en una sola palabra: retirada.

No hay manera de detener a las fuerzas del rey que están invadiendo las Provincias Unidas desde el Perú. No podríamos resistir un ataque a campo abierto. Entonces, ordenan los triunviros, hay que emprender la retirada sin más.

En los pueblos que quedan a nuestras espaldas hay que dejar tierra arrasada, es decir, destruir

absolutamente todo lo que pueda ser de utilidad al enemigo para dificultar su marcha hacia Buenos Aires.

Esto significa quemar las cosechas, estropear los pozos de agua, no dejar ni una vaca, ni un caballo, ni siquiera una paloma. Será un gran sacrificio para los pobladores. Pero la Patria es preferible a las lágrimas de esos desventurados.

Se hizo la hora del rancho. Voy a comer con los soldados, quiero saber cómo están antes de hablar con los oficiales.

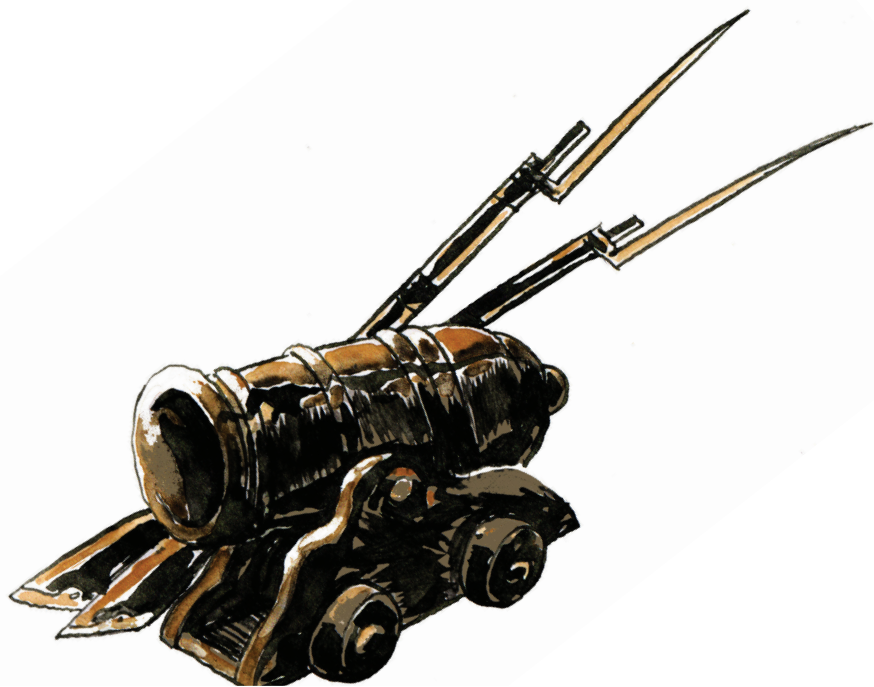


Yatasto,
26 de marzo de 1812, tres de la tarde

Es penoso contemplar a estos hombres metiendo sus cacharros en el guiso acuoso de las ollas de los fogones. Hacen migajas de una galleta y de ese modo engordan un caldo mezquino con algo de carne y choclo. Comen en silencio, sin levantar la vista.

No les importa mancharse, los uniformes no podrían estar más sucios. El sol destiñó las chaquetas que alguna vez fueron orgullosamente blancas y celestes. Están pasando los primeros fríos con pantalones de una tela delgadísima. Algunos ni poncho tienen.

Estos desdichados vienen marchando desde



San Salvador de Jujuy con la derrota, el invierno y el hambre pisándoles los talones. Muchos fueron arrancados de sus campos en la época de la siembra del maíz. No es sorprendente que deserten.

Anoche mismo unos cuantos aprovecharon la neblina y, sencillamente, volvieron a sus casas.

Pueyrredon me apuntó en un papel cuántos quedamos. Mil doscientos combatientes. En el Ejército Real del Perú son tres mil. Si entráramos en batalla, cada uno de los nuestros tendría que enfrentar, como mínimo, a dos de ellos.

Eso sin contar que más de la cuarta parte de

los soldados está en el hospital. De modo que, en realidad, cada uno de nosotros debería vérsela con tres enemigos.

Si estuviéramos bien armados, otro sería el cantar. No es así.

Hay seiscientos y pico de soldados de infantería. Pero los fusiles no alcanzan para todos. Bayonetas hay muy pocas.

Los quinientos hombres de la caballería tienen, apenas, veinte carabinas y algo así como treinta pistolas. No todos los oficiales tienen espadas.

Nuestra artillería está compuesta de un cañón pequeño y cinco cañoncitos. Me informan que el ejército del rey tiene diez.

¿Se puede hacer la guerra sin gente, sin armas, sin municiones ni aun pólvora...?



Yatasto,
26 de marzo de 1812, once de la noche

Me asomo de nuevo a la ventana. Acá y allá algún fogón encendido. Me parece oír el rumor del río nocturno. El viento silba tristemente en la paja del techo. Estoy cansado.

Esta tarde me reuní con los oficiales para transmitirles cuáles serán nuestras misiones. Ante todo, elevar el ánimo de este ejército desorganizado. Y, desde ya, mejorar el armamento.

Pero somos el ejército de la libertad, nuestra principal tarea es levantar el espíritu de los pueblos de las provincias. Vamos a vencer a los enemigos pero, sobre todo, a convencer a nuestros paisanos.

Les advertí que el que no tenga coraje para soportar los inmensos trabajos que nos esperan puede ir pidiendo la licencia. No quiero a mi lado sino hombres dispuestos a sacrificarse por la patria.

Después de mi prédica, sentí que los oficiales me miraban con recelo. No va a ser fácil ganarme su confianza. Después de todo, yo no soy del palo.

En las invasiones inglesas figuraba como capitán de las milicias urbanas. Pero no sabía ni siquiera dar la orden de echar armas al hombro. Después se formó el Cuerpo de Patricios y, haciéndome un favor que no merecía, me eligieron sargento mayor. Así que me puse a aprender el manejo de las armas. Busqué alguien que me diera clases de esgrima. Y ahí andaba yo a los sablazos torpes. He aquí mi breve carrera militar.

Entonces sucedió la revolución de 1810 y la Junta me envió al Paraguay como general en jefe de una fuerza a la que se dio nombre de ejército, pero que no era tal. Me fue como me fue. Al menos sembré la semilla de la revolución en esas provincias hermanas.

En definitiva, mis conocimientos marciales son muy pocos. No puedo compararme con oficiales que desde sus tiernos años se dedicaron a la guerra, como Díaz Vélez y Balcarce, que eran cadetes casi niños. Ahora son las principales espadas del Ejército Auxiliar del Norte. No les debe haber caído muy en gracia mi nombramiento como su jefe.